Pertrechado con estas instrucciones de su mascarilla, volvió á tomar Mandrin ligeramente la ruta de Saint-Amour. No bien se hubo anunciado el bello desconocido como baron, fue bien acogido; se oyó sus protestas de eterna ternura, se correspondió á su ardor (estilo del tiempo), y no se rehusó ya en adelante ni sus regalos ni sus cartas.

Mientras que Mandrin hacia el amor, iban de mal en peor los negocios en la caverna.

Las quejas de los comerciantes habian llamado la atencion de la autoridad sobre el número enorme de monedas falsas que circulaban por el país. Dióse órden á las diferentes partidas de tropa para hacer una batida general. Arrestóse á dos hombres de la banda, y conducidos á Grenoble, juzgados y condenados, se les preguntó el nombre de sus cómplices, que se negaron á revelar. Aplicados al tormento, dos de ellos perecieron en él, otro habló y nombró á Mandrin, dando sus señas y haciendo conocer sus hábitos.

Algun tiempo despues, uno de los compañeros de Mandrin, sobrecogido de horror por una muerte inútil que habia cometido la banda, desapareció. El vigilante Roquairol, investido ya con una parte de la autoridad de su capitan, no dudó que el fugitivo tuviera la intencion de vender á sus camaradas. Apresuróse á hacer quitar los martillos, los volantes, los troqueles, las especies y las materias preparadas. Y lo acertó, porque la tropa estaba cerca, y apenas se habia terminado este desmantelamiento, cuando se presentaron los archeros á la entrada de la caverna.—El cabo que los mandaba hizo gran ruido, gritando: ¡fuego! ¡fuego! Todos penetraron tras él, y no encontraron mas que algunos útiles de deshecho, hornillos demolidos y fuelles reventados. En un hoyo cubierto con una piedra, el indolente Perrinet se habia dormido, juntamente con un borracho de la banda; pero los archeros no lo vieron. El cabo resolvió que vivaqueara allí su gente; encendióse fuego, y se apostaron centinelas creyendo coger en su ratonera á los monederos falsos. Pero los pájaros habian volado.

Informado Mandrin del suceso, elogió la prudencia de Roquairol, y envió al diablo al imbécil Perrinet, á quien creia en poder de los archeros. Fue preciso pensar en salvar los restos de la banda. Despues de una marcha fatigosa y de frecuentes alertas, se detuvo Mandrin en la vertiente de una montaña inculta. Hizo abrir una fosa profunda al abrigo de una enorme roca que salia de tierra; sostúvose las tierras arenosas con espolones, y se abrió una salida á alguna distancia, en un hueco cubierto de espesos matorrales.

Colocada asi la banda al abrigo de una sorpresa, se instaló allí saliendo á la descubierta su jefe.

A alguna distancia se elevaba un castillo en una eminencia que dominaba todo el campo, era una antigua habitacion señorial, con un buen foso, torres y murallas abiertas con troneras y cerbatanas y con vastos subterráneos: una mansion, en una palabra de baron de la edad media, medio caballero errante, medio ladron y muy propia para sostener un asedio.

—Esto es justamente lo que me faltaba, dijo Mandrin. Interrogados algunos aldeanos le dijeron que este castillo habia pertenecido á un antiguo procurador que habia muerto recientemente. Esto confirmó á Mandrin en el pensamiento de apoderarse de este nido de gavilan. El diestro Roquairol y algunos otros de la banda se introdujeron secretamente en el castillo que habitaba aun la viuda del difunto propietario. No bien llegó la noche, nuestros bribones se pusieron á mover estrépito en la alcoba del procurador agitando las cortinas en sus varillas y derrivando mesas y sitiales. A este ruido, espantada la viuda, se arrojó del lecho y se fue á la cocina. Entonces Roquairol comenzó á quejarse como un hombre que se quema. Al mismo tiempo se oian al otro estremo del castillo voces terribles, como de demonios, disputándose una alma. Los corredores se vieron iluminados súbitamente con ráfagas de fuego y se difundió por todos los aposentos un ingrato olor como de azufre. Finalmente, apareció en los cuartos en donde se habian refugiado las criadas de la procuradora una diabólica comitiva. Roquairol, cubierto con una mortaja, en la que se destacaban llamas rojas de *samḃenito*, abria la marcha, representando al procurador; en seguida venian diablos y diablillos, cada uno con antorcha en mano y sacudiendo cadenas. Las mujeres se desmayaron, arrojando agudos gritos; los lacayos y palafreneros se ocultaron en la cuadra ó en las cuevas.

La escena duró hasta que rayó el dia, y volvió á comenzar á la noche siguiente. No habia duda; el castillo estaba endiablado; el procurador castigado por sus culpas, se aparecia y se apareceria hasta que le hubieran librado del diablo las oraciones de las almas cristianas. La viuda medio muerta, huyó de la vivienda inhabitable, siguiéndola sus gentes.

Esto es lo que queria Mandrin. Pero entonces habia espíritus fuertes aun en el Delfinado. Algunos miraron la cosa como ridícula y se burlaron grandemente de aquellas buenas gentes que habian visto al diablo. Dos abates, tres escribientes de procurador y un capuchino de los mas barbudos formaron partida para ir á pasar la noche en el castillo endiablado y destripar en él unas cuantas botellas de Champagne en paz y faz del señor Lucifer y comparsa, llevándose consigo ocho criados bien armados y tres criadas.

Pero ya habia tomado posesion del local la banda de Mandrin. Informado Roquairol de la visita que iba á recibir, dispuso su castillo como un teatro de tramoya. Debia cenarse en la sala de honor, entapizada de retratos de ilustres caballeros que el golilla se habia dado por antepasados, á costa de buenos luises: macizas panoplias hacian relucir allí sobre el color sombrío de la tapicería, sus hojas damasquinas y los bruñidos cañones de sus arcabuces.

Llegaron por fin los de la cena, trayendo una alegre zambra, acalorados ya por el vino y dispuestos á ponerse mas y mejor. Los ocho criados, con espada en mano, se colocaron á las salidas de la sala, y los convidados tomaron asiento en la inmensa mesa de roble, llena de antorchas, de flores y de viandas apetitosas.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación